

**XXII acto de Exaltación a
Ntra. Sra. de la Encarnación**

Juan Luis Barragán

A cargo de

D. Elías García Rodríguez

interpretaciones musicales por la

Banda Municipal de la Puebla del Río

Miércoles 23 de enero de 2013

21:00 horas

ParroquiadeSanBenitoAbad



EXALTACIÓN
A
NTRA. SRA. DE LA ENCARNACION

ELÍAS GARCÍA RODRÍGUEZ

23 de enero de 2013



Encarnación de la Gracia



Los tambores ya resuenan,
revuelan las capas blancas,
delante del terciopelo
reluce una cruz dorada.
Angelillos juguetones
bailan al son de una marcha
mientras Pilatos desoye
el sueño cierto de Claudia.
Sobre los pies, despacito,
y el cortejo se derrama
como la Sangre de Cristo
por las calles sevillanas.
Ya viene bajo su palio,
fantasía de oro y grana,
de flores y cera pura,
de terciopelo y de plata.
La Giralda se hace ángel
y le dicen sus campanas:
Dios te salve, dulce rosa,
Siempre digna de alabanza,
el Señor está contigo,
eres Tú bendita y santa,
y también bendito el Hijo
nacido de tus entrañas,
ese divino Jesús,
el Señor de la Calzada.
Viene esta Virgen preciosa
a los sonos de su marcha,
componiendo por la tarde
la mejor de las estampas.
Reina de la calle Oriente,
bendita Niña callada,
la de los ojos cerrados,
la de la piel nacarada,
que me prestó su pañuelo
sanándome cuerpo y alma.
Llama pronto capataz
que la banda ya le canta,
mecedla con suavidad
en una chicotá larga,
que Sevilla entera goce
la Encarnación de la Gracia.



1. Encarnación

Antes de empezar quiero encomendarme a San Ildefonso obispo, gran santo mariano, cuya festividad se celebra hoy.

Director Espiritual y Párroco de San Benito D. Manuel Luque, Vicario Parroquial D. José Antonio Maya, Delegada Municipal del Distrito Nervión D^a Pía Halcón, Directora de Área D^a Lidón Guillén, representantes de las Hermandades de Valvanera, Los Javieres y el Museo, Hermanos de San Benito, Cofrades:

Para que se pudiese completar el divino designio de la Redención Humana, la Sangre de Cristo tuvo que derramarse en el Pretorio, y Poncio Pilatos tuvo que presentar a Jesús ante un pueblo enardecido de un modo diferente al que cada Martes Santo espera tras esa puerta. Pero para que esto sucediese tuvo que haber otra presentación anterior, íntima, sin testigos, callada. Fue, o yo así lo imagino, en una habitación no muy grande, encalada, de muros gruesos para mitigar los calores de Nazaret. Allí, a mediodía, el arcángel Gabriel te saludó siendo el primero en piropearle casi al modo sevillano (*llena eres de Gracia -Lc. 1,28-*). Fue el primero que apreció las dotes con la que Dios, tu Padre, Esposo e Hijo, te dotó: humildad, candor, inocencia,... fue el primero que te dijo Dios te salve, fue tu primer devoto en la Tierra, fue tu primer pregonero.

Dicen que fue en Nazaret
al llegar la primavera.
Dicen que estaba en su casa
cuando te acercaste a Ella.
Dicen que la saludaste
Ave María Gratia Plena,
el Señor está contigo
porque ha querido que seas
la Madre del Salvador
sin que pierdas la pureza.
Dicen que con la dulzura
y el candor de la inocencia,
quiso ser esclava humilde
y eso la convirtió en Reina.



¡Ay! Gabriel tú que la viste,
que le anunciaste la Nueva,
tú que miraste a los ojos
a quien siempre fue doncella,
tú que fuiste el mensajero
de Dios para la más bella,
tú que escuchaste su voz,
tú que la sentiste cerca.
Háblame de su sonrisa,
de su hermosura serena,
de sus manos, de su cara,
háblame de esa azucena.

¡Ay! arcángel san Gabriel
ayúdame en esta empresa,
tengo que hablar con María,
tengo que seguir tu estela
tengo que mostrar mi alma,
tengo que alzar su bandera
y volcar los sentimientos
que esta Virgen me despierta.

Gabriel, sé que me iluminas
más allá de las estrellas
y que vas a acompañarme
esta noche con tu fuerza,
esa que yo necesito,
porque las piernas me tiemblan
y no sé si podré hacerlo
pues me ciega la belleza
serena de la más Santa,
la mejor y la más buena.
La que llevó en sus entrañas
al mismo Dios sin reservas,
la que viste en Nazaret
aquel día de primavera.

Madre, nada sucede en esta vida sin motivo. Un escalofrío recorrió todo mi ser cuando me designaron para exaltar tus virtudes, y es que te debo tanto...

Todavía recuerdo la cara anciana, arrugada y llena de bondad, con el cabello canoso escapándose de su sempiterno velo negro de mi bisabuela a



la que, gracias a Dios, conocí. La llamábamos abuelita... abuelita Encarnación...

También tengo el infantil recuerdo de una tienda de ultramarinos donde todo se vendía a granel. Grandes cajones repletos de azúcar, café en grano, garbanzos, madejas de fideos, sardinas en arenque... con ese olor tan propio, tan auténtico de aquellas tiendas hoy desaparecidas, olor donde se mezclaban los mil y un aromas de las vituallas que allí se vendían. Los paquetes que pacientemente elaboraba con papel de estraza y engrudo Pepe, siempre con su gorra, sentado en la camilla de la trastienda mientras despachaba, vestida de negro la tía de mi padre, Encarna.

Recuerdo los veranos en el pueblo, la feria que allí llamamos Jubileos, cuando llegaban mis primos y nos íbamos a bañar al río vigilados por mi tía Encarna.

Recuerdo, y esto es más reciente pero ya hace más de treinta años, a una joven preciosa, guapa, la más sevillana, con un vestido verde de flamenca, luciendo un mantoncillo blanco bordado, gitanamente remetido por el escote y con las puntas hacia atrás, moño negro, flores en el perfil... Me encandiló, me deslumbró hasta tal punto que siempre la veo como cuando se prende de la retina una potente luz y su marca nos persigue miremos a donde miremos. Hemos pasado tantas cosas juntos, alegres la mayoría y sacando beneficio de las tristes, hemos construido juntos algo tan hermoso que desde entonces mi vida se llama Encarnita. El mismo nombre que su abuela, a la que no conocí, ya que, con apenas cuarenta años, fue llamada por su Virgen de la Encarnación a esa Calzada celestial reservada a los vecinos de este barrio, ahí mismo en la calle Pilar.

Y recuerdo un pañuelo, un humilde pañuelo, un pañuelo que en algún momento estuvo o estará en tu mano. Un pañuelo con el arcoíris urdido en su trama, que en un tiempo estuvo conmigo y que, cuando volvió a ti, lo hizo con mi vida entrelazada en sus hilos, un pañuelo tuyo Encarnación.

Por todo esto estoy aquí. Por esto no me dejé atrapar por el miedo y por esto contesté que sí a tu Hermano Mayor cuando me llamó aquella noche. Porque te lo debía, porque te lo debo, porque te lo deberé siempre. No sé si sabré exaltar tu nombre como te mereces, cantar tus bondades, proclamar tus benditas virtudes, seguramente no, pero sí puedo decirte que lo estoy haciendo de corazón y desde el corazón, este corazón roto y reparado que hoy te habla porque así lo has querido Tú, y el Gran Poder de tu Hijo que nos presentas cada día.



Quiero también agradecer las palabras de Moisés, mi antecesor, al que tan sólo conozco en su faceta profesional, pero del que un amigo común me dijo “es una gran persona”, y ese aval es para mí suficiente. Y, cómo no, a José Luis, vuestro, nuestro, Hermano Mayor, una de esas personas que te muestran su amistad y su cariño en los momentos precisos, en esos momentos en que tanto necesitas una cálida mano a la que agarrarte. ¡Jamás nadie soñó con una voz más hermosa para ser presentado!

Tú eres la llena de Gracia. La Gracia del Señor está contigo y la transmites a toda la ciudad que te quiere y que te espera. Por tu medio Dios nos atrae, por ti buscamos la bondad y la santidad. Por eso tus hermanos, conocedores de que eres la transmisora de la Gracia desean contagiarnos a todos con la gracia sevillana de tu paso, que arroja tu belleza, tu hermosura, tu candor, la ternura de tu rostro, el dulzor de tu mirada baja, la suave caricia de tus manos que sujetan con finura de señorita modesta el pañuelo de encajes o el ramito de azucenas que te regaló esa familia en recuerdo del arcángel Gabriel. Porque eres su Madre, los hermanos de tu Cofradía te dan lo mejor de sí mismos, y, aunque sabemos que eres la humilde Niña de Nazaret, la más prudente de las mujeres, te entronizan como Reina de la Calzada y agradecen tu existencia con piropos

Virgen con cara de rosa,
¡preciosa!
Reina que la vida atrapa,
¡qué guapa!
Madre que a quererla invita,
¡bonita!
Todos te llaman bendita
y cuando en tu paso sales
cantan voces celestiales
¡Preciosa, Reina Bendita!

Pero esta Reina Bendita guarda el misterio de su llanto. ¿Cómo puedes mantener la belleza mientras lloras desconsoladamente? Simplemente siendo Tú, siendo María, siendo la Virgen de la Encarnación de San Benito. La que cada Martes Santo arranca suspiros del corazón de Sevilla y deja una estela roja de anhelos y añoranzas camino de la calle Oriente.

Y cabría preguntarse ¿Cómo puede llamarse Encarnación y ser Dolorosa? ¿Por qué el nombre evoca el primer momento del Ser de Cristo en la Tierra, y su cara parece que vislumbra el último?



La respuesta es clara, Madre mía: lo representas todo, lo eres todo, eres ahora y eres siempre, en tu figura vemos a María, no un momento de su vida, no una representación de un momento, sino toda su integridad. Pilatos presentó a tu hijo diciendo *He aquí el Hombre* (Juan 19,5), y ahora yo te presento en todo tu ser, Virgen de la Encarnación, bella dolorosa, diciendo “He aquí la Madre de Dios”.

Por eso eres la Anunciada, por eso eres también la gozosa María de la Resurrección, la Inmaculada del Apocalipsis, la Asunta en cuerpo y alma, la Medianera de las Gracias, y la Mater Dolorosa.

¿Por qué se desborda el llanto
por las calles de Sevilla?
luna triste en tus mejillas
y mi amor tras de tu manto.
¿Está en el dolor tu encanto,
o es tu presencia callada
la que prende a la Calzada
cautiva en tu señorío?
Reina del anhelo mío,
Encarnación Coronada.



2. Primera Palabra

Representas, Madre de la Encarnación, Reina del Martes Santo, Señora de San Benito, la vida entera y más aún la presencia celeste de María en los Cielos. Así nos lo cuenta la tradición y, por encima de todo, los Evangelios. Allí encontramos que María tenía un papel preponderante en la Redención de la Humanidad, pero que era muy prudente, tanto que son muy pocos los versículos evangélicos que la nombran y menos aún los que recogen sus palabras. Concretamente sus cinco palabras.

Sí, al igual que su Hijo en la Cruz pronunció siete frases, siete palabras, María dijo cinco recogidas por los evangelistas:

¿Cómo será esto?, pues no conozco varón (Lc 1:34). Con esta frase nos legaste el reconocimiento de tu virginidad, además de la omnipotencia de Dios, que consigue que la estéril Isabel quede embarazada de Juan el Precursor y que en tu virgen vientre se produzca la Encarnación de su Hijo.

Es la pureza y la fuerza de esta juventud que a Ti se encomienda y dedica, bien haciendo música para acompañar el paso del Señor de la Presentación al Pueblo pero recordándote en su nombre, o el del Santísimo Cristo de la Sangre, bien entregándose a labores de priestía, de caridad, o haciéndose costaleros tuyos o de la Sangre de tu Hijo, derramada en Pretorio o en el Calvario. Hermanos que no sólo cargan con los pasos, sino que convierten su trabajo en arte, y el arte en oración, que, aunque algunos recordemos las primeras cuadrillas no profesionales, ya son varias las generaciones que han estado en una igualá.

Cada año en primavera,
al nacer el tiempo nuevo,
el niño veía a su padre
vestirse de costalero:

Las zapatillas, la faja,
la medalla del abuelo,
el costal bien colocao,
los ojos mirando al cielo,
una caricia a su hijo,
para su mujer, un beso.



Un Dios te salve María,
una lágrima, un recuerdo,
escalofríos en el alma
y los músculos de acero.
Toda su fuerza al servicio
Del trabajo de patero.

El niño nazarenito
Iba soñando despierto:
*-Cuando yo sea más grande
y ya no esté en el colegio
quiero ser como mi papi
costalero de los buenos.*

Pasó la infancia del niño
y ya veía en el espejo,
el reflejo de un muchacho
vestido de nazareno.
Ya iba más cerca de Ella
y seguía con su anhelo
*-Cuando acabe el instituto
podré, Madre de los Cielos,
pasearte por Sevilla,
sentir tu amor en mi cuello,
llevarte como oro en paño,
de la Calzada hasta el Centro,
a la misma Catedral.
Mecerte con sentimiento,
despacito, sin correr,
con elegancia y esmero,
como te lleva mi padre
desde que tengo recuerdos.*

Llegó la edad deseada
y el niño dejó de serlo.
Creció hasta hacerse muy alto,
espigado, fuerte, pleno,
*-Papá, yo quería llevarla,
quería hacerte el relevo,
quería sentirla más cerca
yo quería vivir mi sueño,
pero eso ya es imposible,*



*y me invade el desaliento
pues soy demasiado alto,
¡qué pena, papá, no puedo!*

*-Hijo para tu consuelo
te diré que ha sido Ella
la que lo ha querido así,
Ella, la que es nuestra Reina,
le ha regalado a Jesús,
al que Pilatos presenta,
a quien será de los grandes
bajo las trabajaderas.*

La plaza de la Campana,
presintiendo la grandeza,
y el poderío de ese barco,
hacia el Duque mira inquieta.
La banda toca su marcha:
Presentación, que es entrega.
Vamos, con fuerza, adelante.

Los valientes que lo llevan
lloran debajo del paso
mientras la música suena.
El delirio en el regreso
¡Ole las buenas maneras!

Cuando entra el paso, la espera,
el corazón en su pecho
está lleno del Señor
Jesús Presentado al Pueblo.
Lo ha llevado por Sevilla,
ha vuelto con Él al templo,
el Señor de la Calzada,
que conoce su secreto,
le dice: *-Gracias amigo
ve a buscarla, tienes tiempo,
acompañala un ratito,
mi Madre espera tus rezos.*

Con el costal bajo el brazo
el joven sale a su encuentro,
año tras año la sigue



con un solo pensamiento
y una oración en los labios:
*-Dios te salve, mi lucero,
carcelera de mi alma,
Dios te salve, que en el Cielo
no importará la estatura
para ser tu costalero.*



3. Segunda Palabra

Y diciendo: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra* (Lc 1, 38), aceptaste los designios de Dios y nos enseñaste con este acto de fe inmenso a no temerlo, a aceptarlo y a vivirlo. Este puede ser nuestro lema en este año de la Fe: hágase en mí según tu palabra, en nosotros, en nuestras familias, contigo, Virgen de la Encarnación, como protectora de la familia hispalense. Vivir para los otros es la clave de la única felicidad posible.

¡Qué importante es la familia en la nueva evangelización! Debemos recordar siempre en tu presencia lo dicho por el papa Benedicto: "... es en la familia donde se experimenta por primera vez que la persona humana no ha sido creada para vivir encerrada en sí misma, sino en relación con los demás; es en la familia donde se comprende cómo la propia realización no se logra poniéndose en el centro, guiados por el egoísmo, sino entregándose; es en la familia donde se comienza a encender en el corazón la luz de la paz para que ilumine nuestro mundo". O también lo dicho por San Pablo en su carta a los *romanos ninguno de nosotros vive para sí mismo, y ninguno muere para sí mismo* (Rom. 14,7).

La familia que Tú proteges es la unidad básica de nuestra vida tanto cotidiana como transcendente. Ahí debe estar la verdadera educación y formación en los valores en que creemos y que defendemos.

Y esta es la razón que nos debe ayudar a huir de los peligros y banalidades de nuestro tiempo. Un tiempo que utiliza una imagen de María para hacer propaganda de una publicación tan vacía y necia que te necesita para que sepamos que existe, desgraciadamente con el apoyo cómplice y también necio de una serie de políticos desnortados. Un tiempo que llega incluso al ridículo felicitando no sé qué del solsticio de invierno, un mundo que en aras de una malentendida aconfesionalidad del Estado se escandaliza hipócritamente, como fariseos, porque una felicitación navideña lleve impresa la imagen de Virgen, del Niño Dios y San José, y diga feliz Navidad. Pero, por Dios Santo, ¿qué es sino el nacimiento de Dios lo que se celebra en esta fiesta?

Pronto vendrá algún falso sabio a decirnos que en Semana Santa celebramos el equinoccio de primavera, sin querer asumir que conmemoramos la Pasión y Muerte de Jesús, como preparación y paso ineludible de su Resurrección. Esta es la Verdad, todo lo demás es... astronomía.



4. Tercera Palabra

La tercera palabra la pronunciaste al encontrarte con tu prima. El evangelio de Lucas nos dice *Y saludó a Isabel* (Lc 1,40). Ese saludo sería, seguramente, la Paz sea contigo, consciente de que en su bendito vientre moraba la Paz. Ese aparentemente simple y común saludo hizo que San Juan brincara en el seno de su madre llenándose ambos del Espíritu Santo, pronunciando esos versículos que luego tus hijos hemos adoptado diciéndote *¡Bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!* (Lc. 1, 42) A lo que Tú contestaste con la más bella oración de alabanza al Padre Eterno que empieza:

Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava, por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso (...) (Lc 1, 46-55). Es el Magnificat. Y Tú, Madre de la Encarnación eres también la Virgen del Magnificat, la bienaventurada, la reina de los ángeles, a la que

Mientras la música suena
doce varales le cantan,
van diciéndole piropos
a esta rosa pura y blanca.

Uno te dice “preciosa”
y otro “Reina de la Gracia”,
y otro “en la Calzada Madre”,
y otro “Tú eres la más guapa”,

y otro te dice “lucero”,
y otro “flor inmaculada”,
y otro “azucena del Parque”,
y otro “bronce en la Giralda”,

y otro “eres mística rosa”,
y otro “eres luna de nácar”,
y otro “eres sol deslumbrante”,
y otro “noche iluminada”.



Y todo el coro le reza,
y todo el coro la aclama,
y le pide al capataz,
con voces de fina plata,
que no dejen de mecerla,
que no dejen de acunarla
y que la lleven sin prisas
en el retorno a su casa.
Costaleros, despacito,
Porque esta fuente sagrada,
la que derrama belleza
en su palio de oro y grana,
se alegra con nuestros cantos
por las calles sevillanas.



5. Cuarta Palabra

Y presentiste el dolor, ese dolor que, misterios del arte sevillano, en tu cara se convierte en sublime belleza, cuando perdiste a tu Hijo en Jerusalén. Tres días estuvo perdido.

Hijo, ¿Por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando (Lc 2, 48). Preludio de la Pasión de Cristo y de su gloriosa Resurrección, y también de tu pueblo, perdido en su egoísmo, que no se encuentra ni a sí mismo. Pero así nos animaste a seguir buscando a Cristo, a pesar de las noches oscuras, a pesar de los malos tiempos, a pesar de las incertidumbres, a pesar de los disgustos, ...

Siempre estas con los tuyos, con los desfavorecidos, los desheredados, eres la primera en ver a tu Hijo, en el oprimido, en el enfermo, en el anciano... en los pobres.

El puñal que traspasa tu pecho se clava cada día un poco más por mor de nuestras injusticias y nuestra insolidaridad.

En la residencia, Anita siempre está callada. Bueno, siempre no. Alguna vez se le oye decir: *mi hija, pronto vendrá mi hija*.

Así lleva ya casi un año. Esa terrible enfermedad que corroe lo único que nos queda al final de la vida, los recuerdos, está dejándola vacía, como un recipiente hueco que sólo tiene el eco sordo del rumor externo. Vacía, sin sentido, sin recuerdos, sin vida pasada cuando ya casi no tiene vida futura. Anita quiere recordar que su hija la visita una vez al año. Es el único recuerdo que le queda. Su hija la visitará pronto.

Sentada a la luz tibia de la ventana, tras los visillos, parece soñar, parece rememorar tiempos pasados, pero no recuerda nada. Tan sólo que esa hija añorada la visitará pronto. Y vuelve a murmurar: *pronto vendrá mi hija*, y su mirada perdida se llena de ilusión.

Pronto vendrá mi hija sigue diciendo mientras las hermanas que la asisten acarician con el cepillo los sabios cabellos grises de Anita, con una espina en el corazón, porque saben que esa hija que añora no vendrá... La vida es demasiado dura, demasiado cruel. Sus cuidadoras siguen con tristeza la mirada de Anita que se pierde en el verde frondoso del jardín. ¿Cuánto tiempo lleva sin ninguna visita?, dos años, tres, puede que cinco, pero desde



que la maldita enfermedad se apropió de su mente Anita vive con la ilusión de ese encuentro y sigue diciendo *Pronto vendrá mi hija*.

Y llega un día en que Anita, más agitada, más ilusionada, después de comer, le dice a una hermana *Esta tarde viene mi hija*. Y la hermana se alegra por su alegría, y se entristece porque sabe que se sentirá defraudada, sabe que no vendrá. Y por la tarde, mirando caer la lluvia fina tras los cristales, Anita murmura, en un suspiro, *hoy no que está lloviendo, pero mañana temprano, viene mi hija*.

Con pena la ayudan a acostarse, pero ella está ilusionada, y tiene casi una sonrisa cuando, al dormirse, vuelve a mirar a los ojos a quien la cuida y, con un atisbo de lucidez vuelve a decir *Mañana, mañana viene a verme mi hija*.

Llega la mañana y sorprende a Anita despierta. Sin ayuda, como hace más de un año que no podía, se ha vestido, se ha peinado y ha sorprendido a todos saliendo sola al jardín delantero de la residencia. Allí el bullicio es grande, pero cuando la ven las hermanas la atienden creyendo que puede hacerse daño. Allí, en el jardín, Anita no deja de repetir *Veis, ahí está mi hija, ha venido a verme, como el año pasado, ha venido a verme*.

Anita ve a su hija, y la mira y la remira, y se le llenan los ojos de lágrimas de alegría y de agradecimiento mientras sigue con la mirada la mirada baja de su hija que también la mira, que sólo la mira a ella. Anita ve a su hija que ha ido a visitarla mientras los demás ven como Tú, Virgen de la Encarnación, entras sobre andas en la residencia. Tú eres su hija, Tú eres su memoria rota, Tú eres su presente y su pasado, su ilusión y su alegría, Tú eres la sonrisa que se dibuja en su rostro por primera vez desde hace más de un año, Tú eres el rayo de lucidez que aparece en sus ojos.

Anita está con su hija, y la acompaña todo el día, y todos cantan con ellas, y junto a ella come el Pan de los ángeles, alimento del alma, y con ella se queda hasta que, por la tarde, su hija se marcha.

Cuando sobre las andas tus hermanos te llevan de regreso a casa, Anita se despide de su hija *Adiós, hija mía, hasta pronto...* y de nuevo vuelve a una silla de ruedas, y de nuevo tienen que ayudarla a vivir, pero Anita tiene una luz distinta en su cara...

De noche, una gran lucidez se apodera de Anita, que vuelve a encontrarse contigo con la memoria recuperada, y, recostando su cabeza en tu bendito regazo, por fin oye de tus labios llamarla hija y ella, feliz y con la



mente clara, te dice *muchas gracias por todo Madre.*

Son tantas las penurias que nos rodean, son tantos los nudos en la garganta que se forman cuando la cruda y cruel realidad sale a nuestro encuentro que

Cuando te acercas, Señora,
no puedo mirar tu cara,
se me clava tu puñal
en lo más hondo del alma.

Las lágrimas de tu rostro,
por los hombres derramadas,
van mendigando el consuelo
en la tarde sevillana.

Tus ojos, cristal velado,
que miran y no ven nada,
me van diciendo, Señora,
lo que tu boca se calla.

Me van hablando de ellos,
me van hablando sin pausa,
del abandono que sienten
los que sólo peinan canas,
de mujeres que malviven
con un verdugo en su casa,
de niños que sólo juegan
con la miseria más mala,
de aquellos de piel morena
que tienen por tumba el agua,
de las familias humildes
que la codicia desahucia,
de los que siguen buscando
trabajo cada mañana
y de todos los que sufren
dolor y desesperanza.

Si hablan tus ojos, Señora,
es Sevilla la que calla,
la que se prende en la tela
en la que bordó tu saya,
la que te envuelve en incienso,



la que se postra a tus plantas,
la que se pone el costal,
la faja y las alpargatas,
y te lleva, Madre mía,
de recogida a tu casa.

Con tanta cruel injusticia,
siendo en tu pecho una daga,
¡Virgen de la Encarnación,
no puedo mirar tu cara!

Y alguno de estos males los he sentido en carne propia o de personas próximas, sé de lo que hablo cuando digo dolor y desesperanza, aunque esta última sea en mí como una estrella fugaz: surge brillante y dolorosa, pero pronto desaparece. Hay que mirar el futuro con esperanza, con optimismo, a pesar de los pesares porque ahí estás Tú, siendo la Estrella del tercer milenio como te llamase el Beato Juan Pablo II, al final del túnel, o mejor, en el mismo túnel, iluminándolo todo, disipando las oscuridades y la desesperación. Y esto puedo decirlo desde la cercanía de vecino tuyo, Encarnación, que soy. Sí, soy una especie de vecino “interino” de este barrio tuyo al que al mismo tiempo que le tengo cariño, temo. Sí, debido a esta malísima salud de hierro que tengo, vivo de vez en cuando en el cien de la calle Luis Montoto, ahí, unas manzanas más abajo de tu casa. Allí no solamente vivo algunos períodos, o vengo varias veces al mes, sino que allí he nacido dos veces. Yo soy del barrio de la Calzada, porque tengo mi segunda residencia en la Clínica de Santa Isabel, y por tanto bajo tu manto misericordioso, Señora de San Benito.



6. Quinta Palabra

En las bodas de Caná, dijiste a tu hijo: *No tienen vino* (Jn 2, 3). Pero Él te quiso hacer ver que su momento no había llegado, y Tú volviéndote a los criados, les dijiste: *Haced lo que Él os diga* (Jn 2, 5). El único mandato que nos dejaste directamente, claro y conciso. Seguir a tu Hijo siempre, pero ¡qué difícil!

El camino está claro, pero es duro. Y ahí estás Tú, dulcificándolo con tu presencia, con tu sublime encanto, con tu regia grandeza.

Tu rostro lloroso se vuelve para nosotros fuente de divina Gracia, y tanto le apena a tus hijos verte llorosa que intentan consolarte como mejor saben: con el olor del incienso, la frescura de las flores y el sentimiento de las marchas que tras tu paso interpreta esta gran banda de la Puebla del Río:

Cuando la música suena
mitigando la tristeza
es más grande tu belleza
y la noche más serena.
La partitura es colmena
que lleva en su melodía
notas de miel y ambrosía.
Tu palio, Madre, te acuna,
mientras te reza la luna
cantando el Ave María.

No se recogen en los Evangelios más palabras tuyas, pero sí acciones. Porque allí estabas, al pie de la Cruz, recibiendo la Sangre de tu Hijo que antes de su Expiración te hizo Madre nuestra al decirle a Juan: *ahí tienes a tu Madre* (Jn 19, 27). Y como Madre nuestra te queremos y te rendimos culto aquí en Sevilla, no en vano llamada Tierra de María Santísima. Mil advocaciones para así poder piroparte con mil nombres, mil imágenes para así tenerte por todos sitios. Porque dime, ¿dónde en Sevilla no hay una imagen tuya, María? Y más debería haber, porque como hijos amorosos queremos verte en todos los lugares y en todos los momentos. Y tenemos fotos tuyas enmarcadas en casa, y guardadas en los libros, y en los recordatorios de momentos felices o tristes, pero siempre importantes de nuestra vida, y te llevamos en la cartera: con las fotos de la familia estás Tú como un miembro más, como el miembro más importante.



Y aquí en Sevilla, en esta Sevilla Mariana, siguiendo a San Pablo en su carta a los hebreos, por la Fe te miman tus camareras, y por la Fe te preparan tus priostes los mejores cultos, y por la Fe te monta tu hermandad los mejores altares para tu besamanos o tu triduo. Tu hermandad que tanto te quiere, por la Fe te ofreció lo mejor de sí misma desde que naciste allá en Triana, cuando ibas a ver a tu madre en Semana Santa, o cuando atravesabas el río comprobando que por ti reinan los reyes. Por la Fe te quiso con un amor sin límites a pesar de que decayese tu hermandad, a pesar de que desapareciese tu iglesia, a pesar de que te arrancaran de aquel barrio para dejarte en este de la Calzada que, por la Fe, tan bien supo coger el relevo de amor a Ti y que, año tras año, día a día, cada minuto, por la Fe piensa en su Virgen de la Encarnación, y hace realidad esos hermosísimos versos del Himno del Congreso Mariano Iberoamericano que se celebró en Sevilla:

*Que tan sólo en el Cielo
Te aman mejor*

Es por esto por lo que aquí se te arroja con lo mejor que tus hijos pueden encontrar para Ti. Y no es plata, ni oro, ni terciopelos o tisús, no son encajes de chantillí ni figuras de marfil, que todo con lo que te adornan tus hijos es Amor.

*La Virgen de San Benito
tiene un pañuelo en su casa
pintado de mil colores
y tocado con su Gracia.*

En su ajuar tiene la Virgen
sayas en oro bordadas,
blondas de hermosos encajes
para perfilar su cara,
y tocas para sus hombros,
mantos y blancas enaguas,
los terciopelos más ricos,
y las telas más preciadas:
lo mejor para la Reina,
la Reina de la Calzada.

La Virgen de San Benito



*tiene un pañuelo en su casa
pintado de mil colores
y tocado con su Gracia.*

Sale a la calle la Virgen
en un paso que la guarda,
lección de sevillanía
con las medidas exactas,
respiraderos, faldones,
varales, velas rizadas,
bambalinas, palio, flores,
plata, marfil, oro y grana.
Lo mejor para la Reina,
la Reina de la Calzada.

*La Virgen de San Benito
tiene un pañuelo en su casa
pintado de mil colores
y tocado con su Gracia.*

Tiene un joyero la Virgen
digno de una soberana:
diademas, broches, rosarios,
las más hermosas alhajas,
ramillete de azucenas,
rosa de pasión dorada,
la Medalla de Sevilla,
y una corona labrada
con el corazón de un barrio
que en sus balcones le canta,
todo para la más pura,
todo para esa mirada,
lo mejor para su Reina
la Reina de la Calzada.

oOo

Han pasado ya tres años,
¡ay, qué cosita más mala!
Un mes pendiente de un hilo
la vida se me escapaba.
Un antiguo costalero
del Señor de la Calzada



pidió prestado un pañuelo
a la Reina de su alma,
a su Encarnación bendita
a la morena más guapa.
Un pañuelito sencillo,
sin vainicas ni alharacas,
sin bordados ni oropeles,
color sobre tela parda.
Desde que llegó a sus manos
mi mujer no lo soltaba
y vino con él a verme
tres veces cada jornada,
y así un día tras otro,
y semana tras semana
hasta que el poder de Dios
quiso que yo despertara.
Ricas telas, oro fino,
terciopelo, encajes, plata,
bordados, marfil y joyas,
coronas, broches, medallas,
lo más grande para mí
queda reducido a nada,
ante esta prenda chiquita
porque me dio la Esperanza.

*La Virgen de San Benito
tiene un pañuelo en su casa
pintado de mil colores
y tocado con su Gracia.*



7. Encarnación de la Gracia

El Hijo al que diste la vida en Belén, volvió a tomar la vida en el Sepulcro y tras la Resurrección ascendió a los Cielos y bajó de nuevo en Pentecostés, dicen que, en forma de lenguas de fuego, pero nosotros sabemos que también cayó ese día un fino Rocío de Aguas puras y cristalinas, fuego de sabiduría, Aguas de misericordia, de caridad, de amor...

Porque este es el Año de la Fe, pero el pasado, fue en Sevilla y para sus Cofradías, el año de la Caridad, y por desgracia también deberá serlo éste. ¡Cuántos proyectos se han parado porque lo necesario era paliar las necesidades de algunos hermanos, de algunos vecinos, del prójimo! ¡Cuántos proyectos tendrán que ser aparcados por este motivo! Y no de repente, porque también esas ideas de mejora y conservación del patrimonio son necesarias para la Caridad: no se puede condenar al paro a tantas y tantas familias que viven de las artesanías relacionadas con las Hermandades. El equilibrio es fundamental y la imaginación y el trabajo necesarios.

Y esta Sevilla que tanto te quiere, defendió primero tu Inmaculada Concepción siglos antes de la proclamación del Dogma, así como la Asunción en cuerpo y alma junto al Padre Eterno e Hijo tuyo, tu Patrocinio como mediadora ante el Señor, tu maternidad de la Iglesia y tu realeza.

Sabemos que tras la Asunción fuiste recibida con toda la gloria, y fuiste coronada por la Santísima Trinidad con triple corona.

El Padre Eterno te impuso la corona del Poder.

El Espíritu Santo la de la Sabiduría.

El Hijo de Dios y tuyo, te coronó con el amor infinito a Dios y a los hombres, hijos tuyos también.

Aquí, en la Calzada, también te coronan tres veces:

Hace ya casi cuarenta y dos años te coronó tu pueblo, tu gente, tu barrio. El cardenal Bueno colocó la corona de oro en tus sienes, un lluvioso Martes Santo aquí mismo, en plena calle Oriente, con los tuyos. Recuerda que saliste tan sólo para recibir esa corona de amor infinito.

Y hace dieciocho años ¡Dios mío, cómo pasa el tiempo!, no pude verte en la Ceremonia y posterior procesión de la Coronación Canónica que oficiase el recordado Fray Carlos Amigo, glorioso día para tu Hermandad y para Sevilla entera, que en Ti coronaba a todas las familias sevillanas, como



la mía, que justo en ese año, en Cádiz, había dado la bienvenida al más precioso fruto de otra Encarnación, fruto que hoy es mujer universitaria pero que, por muy mayor que sea, siempre será la Niña de mis ojos. Una niña a la que siempre he querido transmitir el mensaje de que no todo es relativo, que existen fundamentos absolutos, ciertos, grandes, valores que seguir por el simple hecho de que son eternamente buenos.

Y te coloca una tercera corona diariamente. Y, conociéndote, sé que la que más te gusta: el amor hacia Ti, hacia tu Hijo y hacia los demás. Haciendo realidad que Caridad no es más que un sinónimo de Amor. Todas las Cofradías de Sevilla en general, y ésta en particular hacen esa caridad callada, sin publicidad, sin buscar beneficio alguno, tan sólo por amor, porque te quieren tanto que sólo de esa forma pueden expresarlo claramente: el amor a los demás.

Mi hija me acercó a la devoción a un Cristo y una Virgen que miran hacia el cielo, Él expirando su último suspiro, Ella mostrando los lagos de misericordia, los ríos de amor, los océanos de caridad, las Aguas en su mirada. Un costalero me trajo aquí, ante los titulares que miran hacia nosotros, aquí abajo, y a Ti, Encarnación, que prestaste el nombre a muchas de las mujeres de mi familia como ya dije. Y qué curioso este año, cuando nuestra ciudad se llene de túnicas negras y capas blancas al aire templado de la noche del Lunes Santo, será un poco Martes porque será 25 de marzo, día de la Encarnación, sí, tu día Señora de San Benito, Reina de la Calzada, Madre de la Familia hispalense, Soberana del Martes Santo y Encarnación de la Gracia.

Qué linda vas, Madre mía,
la calle Oriente te espera,
sal y derrama tu gracia:
el barrio ya lo celebra.
Paséate por Sevilla
con tu porte de princesa,
elegancia y galanura,
clase, prestancia y solera.

Vibra la Puerta Carmona
al contemplar la belleza
del conjunto de tu paso
digno trono de una reina.
Y por Santa Catalina
hasta sus piedras enfermas
al verte pasar, Señora,



recobran su antigua fuerza.

Continúas avanzando,
siguiendo a un río de cera
que en una de sus orillas
honra cada primavera
a aquella mujer humilde,
aquella mujer pequeña
que llegó a ser la más grande
abrazando la pobreza.

Caminas hacia tu plaza
plaza que no es lo que fuera
pero no importan los cambios
pues lo que vale es la esencia,
y la esencia está en tu paso,
porque contigo la llevas,
hasta el Valle que te mira
cuando pasas por su puerta.
Y también te mira, Madre,
la hermosa Virgen de Regla
entronizada de nuevo
y ya con las flores puestas.

La tarde se vuelve noche
tras un cielo de violetas.
Sobre la candelería
con suma delicadeza,
brillan los rayos dorados
del astro rey que se aleja.

La Campana es campanario
que repica y que voltea
para llevarte en volandas
con una ovación intensa
hasta la entrada de Sierpes,
esa calle de leyenda.

Vas por toda la Avenida
componiendo una vidriera
tan brillante y colorista
que ni las manos más diestras
serían capaces, Madre,



de reproducirla entera.

Dejas atrás el bullicio,
la música ya no suena.
Te deslizas suavemente
por esas naves inmensas
que nos dejaron los siglos,
lugar donde tú recuerdas
aquel día de diciembre
de emociones y de fiesta.

Vuelves a pisar la calle,
llegó el tiempo de la vuelta,
¡Qué bien se escucha tu paso
por esas calles estrechas!

¡Qué emociones contenidas!
¡Qué poderío en esa cuesta!
Esa cuesta del Rosario,
siempre de gente repleta
y donde tus costaleros
demuestran su fortaleza.
Gozo para los sentidos
al verte tan bien compuesta.

Aguardando tu regreso
la Calzada se impacienta.
Te imagina acompañada
del azul de San Esteban.
La gloria vuelve a esta calle,
que al gozar de tu presencia,
te recibe entre piropos,
sollozos, rezos, saetas,
lágrimas, aplausos, besos,
y suspiros, y promesas...

Vivan las madres hermosas,
guapas por dentro y por fuera,
como tú Virgen bendita,
Encarnación santa y buena,
Encarnación de Dios vivo,
Encarnación madre nuestra,
Encarnación siempre pura



Encarnación siempre alerta
Encarnación del sentido
estético de esta tierra.

Virgen de la Encarnación,
Palomita trianera,
Señora de San Benito,
amor de tus camareras,
desvelo de tus priostes,
y de tu hermandad entera.

Madre de la Encarnación,
ramillete de azucenas,
no sé si he sabido hablarte
con mi prosa y mis poemas
no sé si estuve a la altura
que marca tu realeza.
Encarnación Coronada,
tan sólo quiero que sepas
que me he quedado prendido
entre tus manos eternas.

Muchas gracias.